

RESEÑA DE / REVIEW OF: Diez, Christopher y Schubert, Christoph (eds.), *Zwischen Skepsis und Staatskult: neue Perspektiven auf Ciceros De natura deorum*, Palingenesia 134, Stuttgart: Franz Steiner Verlag, 2022, 277 pp.

La publicación reseñada, resultado de unas jornadas celebradas en 2018, reúne, tras una breve introducción a cargo de los editores (pp. 7-13), once contribuciones referentes al *De natura deorum* ciceroniano, distribuidas en cuatro apartados (aspectos religiosos, fuentes, recursos retóricos y recepción), así como dos índices finales (temas y nombres, pasajes). Combina perspectivas de conjunto (como la ya publicada en 2010 por Stroh y ahora reproducida con leves modificaciones en pp. 15-39, o como la de Essler respecto a fuentes epicúreas de Cicerón y, en particular, al influyente testimonio de Κύριαι δόξαι 1 sobre la imperturbabilidad divina, en pp. 79-93) y aportaciones de carácter más específico, sin perseguir la exhaustividad de enfoques. Las «nuevas perspectivas» a las que remite el subtítulo de la obra —siempre difíciles en asunto tan trillado como el de la filosofía ciceroniana— parecen escasas y podrían reducirse a la difusa aportación de Rüpke (pp. 41-53) sobre el «marco urbano» del tratado y a la de Begemann (pp. 55-78), quien propone aplicar la poco fructuosa *Resonanztheorie* de Rosa (2016) a las relaciones entre ser humano y divinidad reflejadas en este diálogo, esperanza vana en relación con los dioses epicúreos —entes (en el mejor de los casos) muy poco «interactivos», como ya sabíamos sin necesidad de *noua nomina*: 63— y, por motivos contrarios, con la divinidad estoica —informidad tampoco propensa al «eco» y frente a la que el romano se limitaba a procurar un cauto o prudencial silencio: 67.

Pese a la acotación que el título sugiere (*Zwischen Skepsis und Staatskult*), el espectro en que se sitúa el pensamiento ciceroniano desborda quizá los límites de la polaridad entre ideario filosófico personal —o religiosidad, en este caso— y religión de Estado: los perfiles en materia de verdad, certeza o comfortable claudicación intelectual son tradicionalmente lábiles, de modo que resulta difícil encuadrar del todo a un Cicerón poco religioso en términos convencionales (Stroh, p. 9) y «escindido» entre el escepticismo y el estoicismo —opción abrazada por el autor en el polémico veredicto final de *Nat.*, pero rechazada con vehemencia en *Diu.* (tras la estela de Panecio) y en *Fat.*—. La atención a esta íntima incoherencia vertebraba el volumen (según refleja su índice, con más de una quincena de pasajes referentes a *Nat.* III 95, incluida la tardía recreación de Hume: J. Müller, p. 253), en el que se enfatiza con frecuencia el aparente conflicto interior entre el Cicerón augur, estoico demediado («ein bestenfalls halbherziger Stoiker», según Stroh, p. 33), y el de confesión académica, víctima de una confusión de impulsos no menor que la que evidenciaría el propecto *pontifex* Cota o, en cierto modo, el impresionable y dócil Quinto de *Diu.* Se apunta a menudo la posibilidad de que la obra se proponga reflejar cierta evolución ciceroniana: la que iría del joven Marco que presencia el diálogo —c. 77-75 a. C., cuando contaba unos treinta años— y que, pese a ser «personnage muet»

(Auvray-Assayas, p. 117), no pierde la ocasión de ofrecer su desconcertante sentencia final, al pensador maduro y malencarado que protagonizará su secuela, *Diu.* —cf., con diversos matices, pp. 37, 140, n. 25, 144, 148-149, 182, 258; por fortuna, los autores siempre han ahorrado al lector el fácil expediente (hoy ya casi perversión retórica) de contrastar «Cicerones»—. Sería un recurso comparable —como recuerda Woolf, p. 138— al propuesto por el autor al introducir al joven Cota en el *De oratore*, diálogo situado c. 91 a. C. —cf. *De or.* I 262: *propius ad ueritatem uideretur accedere*, en cierta consonancia con la síntesis (tópica, por tanto) que Quinto emite sobre *Nat.* en *Diu.* I 9: *ad ueritatem est uisa propensior*—. El elogio por parte de Balbo de los *Aratea* —en tributo a la temprana poesía ciceroniana, similar al que hace Quinto en *Diu.*— también evocaría los tonos de ese joven Cicerón, que el autor haría resonar en *Nat.* junto a las voces de sus ancestros filosóficos en una especie de palimpsesto sonoro. Tal recurso retórico y estético concordaría asimismo con el que supone Auvray-Assayas en clave platónica, al defender la preferencia ciceroniana por una serie de λόγοι vivos —teatralmente sugerida por la referencia a los *Sinefebos* de Cecilio Estacio en I 13 (autor omitido, por cierto, en el índice final de pasajes)— más que por una verdadera discusión erudita entre sabios (pp. 121-122); esa «polifonía» también es sugerida por Woolf (p. 143) al referirse a la importancia que Cicerón concede a la impronta personal de cada representante de escuela y, en suma, a la libertad individual (tanto frente al *magister dixit* pitagórico o epicúreo como frente a cualquier otra suspensión del propio juicio, siempre indecorosa en última instancia). La propuesta es sugerente en su conjunto, si bien creemos que la conclusión de III 95 podría carecer de tal intención retrospectiva —o literaria— y reflejar tanto la opinión del joven Cicerón allí presente como la del Cicerón maduro (según *Diu.* I 9 autoriza a pensar), capaz de asumir sus «discordantes» convicciones y convencido, además, de que —pese a la tentadora vanidad— ni sus opiniones personales ni la intrahistoria de éstas debían ser objeto de malsana observación o *curiositas* (*Nat.* I 10).

La cuestión guarda estrecha relación con la que afecta al contraste entre Cota y Marco, evocado por Begemann en pp. 71-72 o en la reflexión de Woolf (pp. 132, n. 6; 137, n. 13; 138-140), quien se refiere con acierto a la complementariedad de ambos personajes pero, sobre todo, a la victoria de un Cicerón más versátil, de ánimo no solo refutatorio y capaz de apreciar —con perspectiva aristotélica— la esperanzada retórica de Balbo, frente a la aridez despiadada y triste del correlato dialéctico esgrimido una y otra vez por Cota (cf. asimismo Sauer, pp. 182, n. 19, 196-197).

En materia ciceroniana resulta muy difícil aportar; no obstante, la glosa y la recapitulación siempre son útiles, tanto para indagar en las posibles suturas de la obra filosófica y literaria ciceroniana en su conjunto (la pomposamente llamada *Œuvre*), como para refutar o, por el contrario, reafirmar a quienes pensamos que Cicerón no ofrece contradicciones de calado, de modo que resultan conciliables su rechazo de la arrogancia y fatuidad consustanciales al pensamiento ateo, su acendrado rigorismo moral y, en suma, la ausencia de oposición entre verdad y pragmatismo social dentro de una perspectiva racionalista en esencia (y más aristotélica de lo pensado hasta ahora, según viene reconociéndose desde hace un par de décadas; como enclave platónico, *Tim.* es obra algo desatendida en la obra reseñada, con solo una cita de escasa trascendencia en p. 124).

Las tres aportaciones sobre pervivencia responden a la moderna concepción de este dominio y se sintetizan en el título de la de J. Müller: Cicerón *im Lichte von* —«a la luz de», aunque casi vale decir «influenciado por»— Minucio Félix, Agustín de Hipona o David Hume. Es notable que el grado de ficción logrado por Cicerón hace que Woolf especule con lo dicho o preguntado por Veleyo en las fases previas —y aparentemente nunca escritas— del diálogo (p. 134), que se inicia *in medias res*. Las tres reflejan cómo los τόποι ciceronianos (Sauer, p. 188) admiten, en cuanto universales, itinerarios de ida y vuelta, y se hace a veces con muy aprovechable material (como en el caso de la extensa aportación de Kiesel, en pp. 201-232, en torno al concepto ciceroniano de *conscupiscencia* / *libidines*: cf. p. ej. *Nat.* II 128, *Fin.* III 68, con p. 222). Creemos que en el mismo apartado sobre recepción podrían haberse incluido también las páginas —quizá de escasa aportación— que Diez dedica a la opinión del sabio Mommsen a principios del siglo XX (pp. 95-116), tan enérgico detractor del Cicerón filósofo —y persona— como venerador de César u ofuscado por sus propias preferencias ideológicas y políticas (cf. pp. 105-107).

Dado el sesgo temático del volumen, los aspectos de transmisión resultan solo apuntados (como el referente a una posible edición póstuma del diálogo, en Diez, p. 95, n. 2, o el que atañe a su configuración inicial, asunto profusamente discutido por Auvray-Assayas y aquí sólo señalado por la autora en p. 125, n. 33), al igual que los de carácter textual, que sólo vemos aludidos de manera muy tangencial en p. 43, a propósito de *Nat.* I 61 (*consessu* Rom., edd.: *consensu* AB).

La valiosa monografía ofrece una gran pulcritud formal y son muy escasas las erratas (como la de p. 43, n. 11: Baier, por Bayer); son frecuentes, en cambio, las inconsistencias en silabación, que se apiñan p. ej. en p. 124 —*sim-/ulacra*, *lex-/ique*, *Tima-/eus*— pero que se hallan por doquier.

Ángel Escobar Chico

Universidad de Zaragoza

aescobar@unizar.es

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0003-1037-1625>